

## 1. NAIPES Y TIJERAS

Un caluroso día de verano coincidieron en la famosa venta del Molinillo<sup>1</sup>, parada habitual de cuantos viajan desde Castilla a Andalucía, dos muchachos de unos catorce a quince años. Ambos se desenvolvían con gran desparpajo, pero su aspecto era más andrajoso de lo que nadie podría imaginar. Iban muy mal vestidos, con las ropas rotas y descosidas, y tan cansados por el viaje como maltratados por la vida. Ninguno de los dos llevaba capa, tan sólo unos humildes calzones cortos sin más medias debajo que sus piernas peladas.

El que parecía más joven calzaba unas viejas alpargatas y se cubría la cabeza con un sombrerito verde de cazador. A la espalda, y atada por el pecho con un nudo, cargaba una bolsa de viaje algo amarillenta que, a primera vista, parecía estar hecha de piel de cabra, cuando en realidad no era más que la tela de una burda camisa curtida con cera.

1. Venta del Molinillo: posada situada al sur de Ciudad Real, en el camino Real de la Plata, hacia Córdoba y Sevilla (aún no estaba abierto el paso de Despeñaperros).

El mayor llevaba un sombrero aplastado, de ala ancha y caída, y tan estropeado, que había perdido hasta su cintilla de adorno. Andaba este zagal no muy ligero de pies, pues los zapatos bellamente calados que había adquirido en la Corte, con el mucho andar, estaban ahora llenos de auténticos agujeros y sin suelas, resultándole más incómodos de llevar que los grilletes de un presidiario. A diferencia del mozo más joven, iba con lo puesto, ya que no cargaba alforja alguna a la espalda; sin embargo le sobresalía un gran bulto por el pecho que, como luego se supo, no era más que un voluminoso lío de trapos deshilachados y llenos de grasa, restos del elegante y almidonado cuello valón<sup>2</sup> que había lucido sobre su camisa durante su breve estancia en Madrid. Dentro de este rebujo de telas llevaba envuelta una insólita baraja de naipes ovalados. Al parecer, las puntas de las cartas se habían desgastado de tanto usarlas y, para que durasen más, se las había recortado dándoles esa curiosa forma redondeada.

Tenían los dos muchachos la piel quemada por el sol, las manos sucias, las uñas largas y renegridas. El más joven portaba al cinto un imponente cuchillo de carnicero de cachas amarillas; el otro, una espadita corta<sup>3</sup>.

Ambos salieron fuera de la venta a descansar un poco y se sentaron en el suelo, frente a frente, debajo de un cobertizo que había a la entrada.

2. Valón: cuello de adorno que se colocaba sobre la camisa; cubría los hombros, la parte superior de la espalda y la mitad del pecho; era moda alemana (véase ilustración, pág. 151).

3. El muchacho mayor viste como un caballero, aunque con prendas deterioradas. El más joven, por el contrario, va ataviado de caminante con prendas y arma más humildes.

—¿De dónde eres? —preguntó el que parecía mayor—.  
¿Llevas destino fijo?

—No sé de dónde vengo ni a dónde voy —respondió desconfiado el más jovencillo.

—Pues por tu aspecto no parece que hayas caído del cielo, muchacho. Y tampoco creo que esta venta sea el lugar adecuado para quedarse aquí toda la vida.

—¡Cuánta razón tienes! —admitió el otro—. Pero no creas que te he mentado. Si te he dicho que no sé de dónde vengo es porque ya nada me une a mi tierra. ¿Qué amor le voy a tener a mi pueblo, si mi padre me desprecia y mi madrastra no hace más que maltratarme porque su sangre no corre por mis venas? En cuanto a dónde voy, te diré que no sigo más camino que la aventura, y no pienso parar hasta encontrar a alguien que me ayude a sobrevivir en esta miserable vida<sup>4</sup>.

—¿Tienes algún oficio? —preguntó el de más edad.

—Corro más que una liebre y salto como un gamo. ¡Ah, y manejo las tijeras con más finura que nadie!

—¡Magnífico! —exclamó irónico el muchacho mayor—. Podrás ganarte un buen vaso de vino y un trozo de pan recortando flores de papel para adornar los pasos de Semana Santa.

—¡Que no entiendes nada, compañero! —protestó el más joven—. Mi especialidad con las tijeras no son las flores para adornar a los santos, sino el corte y confección. Mi padre es sastre y me ha enseñando tan bien el oficio, que soy capaz

4. Nótese que este joven no confía en sí mismo, sino que busca un salvador: es una parodia del tópico del judío errante, conocido como Juan de espera en Dios.

de cortar a la perfección unas buenas calzas<sup>5</sup> de paño con empeine y espinillera. Si no fuera por la maldita suerte que me tiene arrinconado —añadió pesaroso—, ya podría examinarme de maestro<sup>6</sup> y trabajar por mi cuenta.

—Eso les pasa a los que valen de verdad —se lamentó el mayor—. Ya se sabe que los más preparados son los más despreciados. ¡Pero ánimate, hombre, aún eres joven y tu suerte puede cambiar! Si no me engaño —dijo sagaz—, y no hay más que verte, seguro que tienes otras habilidades más secretas y te las callas.

—Claro que las tengo —reconoció el más pequeño—, pero, como has dicho, no son para ir pregonándolas a voces.

—Pues no vas a encontrar a nadie que sepa oír y callar mejor que yo —aseguró el otro—. Desembucha y verás qué tranquilo te quedas. Y para que veas que soy de fiar, primero te contaré yo mis secretos, y luego tú me dirás los tuyos. Estoy convencido de que el destino no nos ha juntado aquí por casualidad, sino para que seamos amigos para siempre.

—Así lo creo —asintió el que se mostraba más retraído.

—Pues yo, honorable amigo —comenzó diciendo el más animoso—, nací en el famoso pueblo de Fuenfrida.

—¿Famoso por qué? —lo interrumpió el otro.

—¿Por qué ha de ser sino por la fama que le dan nuestros ilustres reyes cuando, en verano, atraviesan sus calles cami-

5. Calzas: botín o media de paño que cubre la pierna hasta la rodilla.

6. Adviértase el rechazo familiar y la discriminación laboral que sufre este muchacho (algo le impide presentarse al examen que el gremio de sastres exigía a los aprendices para poder ejercer este oficio: posiblemente no podía presentar un certificado de limpieza de sangre).

no de la Granja en busca de solaz y recreo? —dijo orgulloso—. Me llamo Pedro del Rincón —prosiguió— y mi padre es una persona de muchísima categoría. ¡Nada menos que un ministro de la Santa Cruzada!<sup>7</sup>, vulgarmente, llamado buldero<sup>8</sup>. Su honrado oficio consiste, como bien sabrás, en vender bulas<sup>9</sup>. En su compañía aprendí todos los secretos de esta profesión, y ya no hay quien me gane a ello. De hecho, enseguida empecé a venderlas yo solo. Lo malo es que un día cometí la locura de quedarme con el dinero de la última recaudación. No me lo pensé y salí disparado de mi pueblo con el talego bien lleno. Luego, encaminé mis pasos sin demora hacia Madrid, donde me fundí la pasta en unos cuantos días<sup>10</sup>, porque son muchos los placeres y comodidades de la Corte<sup>11</sup>. Puedes imaginar —añadió con picardía— que de la saca de mi robo no queda más que la tela.

—¿Y no te han echado el guante?

—Me dejé ver demasiado y no tardaron en dar conmigo —contestó Rincón—. El tesorero al que debía haber entregado los cuartos me siguió, me denunció y, al final, me detuvieron.

—¿Te zurraron mucho? —preguntó sobrecogido el otro muchacho.

7. Este muchacho muestra un gran afán por aparentar que tiene familia ilustre (hidalguía).

8. Buldero: quien vende bulas; tenían mala fama porque, a veces, las falsificaban.

9. Bula (de la Santa Cruzada): documento firmado por el Papa en el que se concedían indulgencias, como reducir el tiempo de permanencia en el purgatorio, a los que iban a la guerra contra infieles y herejes (cruzadas), o contribuían con limosnas a los gastos de la misma.

10. Rincón lleva fuera de su casa unas pocas semanas: unos cuantos días en Madrid, el breve periodo de detención y otros tantos de viaje hasta llegar a la venta del Molillo.

11. Rincón comete una locura juvenil para vivir una experiencia hedonista en la Corte.

—Al verme tan niño, los jueces se conformaron con atarme a una argolla para que el verdugo me diera unos cuantos latigazos, afortunadamente dentro de la cárcel y sin testigos. Yo encogí los hombros y aguanté la tanda de azotes sin que se me oyera una sola queja. Digamos que el látigo —terminó diciendo irónico el zagal— sólo me espantó las moscas que se me posaron en la sangre de la espalda<sup>12</sup>.

—Pero dime, amigo, si fue tan liviano el castigo, ¿por qué te marchaste de Madrid?

—Porque, además, me condenaron a cuatro años de destierro —respondió Rincón—. La verdad es que salí de la Corte con tanta prisa, que no tuve tiempo para agenciarme un maldito caballo, y eché a andar sin más bienes que esta baraja que traigo aquí escondida —concluyó el muchacho sacando los naipes del grasiento lío de telas que escondía debajo de la camisa.

—¡Anda que no están gastadas! —exclamó burlón el más jovencillo.

—Pues con estas cartas —presumió Rincón—, tan estropeadas y pringosas como las ves, me he estado ganando la vida desde que salí de Madrid hasta ahora. No ha habido mesón o venta en todo el camino donde yo no haya jugado a la veintiuna. Y no te imaginas qué bien se portan estas cartitas con quien sabe manejarlas de verdad, porque cada vez que las barajo me quedo con un as. Y como los ases pueden

12. Este muchacho se siente hidalgo y se esfuerza para demostrar que su honra está intacta: ha sufrido el castigo en privado, no públicamente, y no se ha quejado. A continuación, intentará justificar por qué no tiene ni dinero ni caballo.

contar como uno u once puntos, calcula la ventaja que llevo siempre para ganar la partida.

—¿Sabes hacer más trampas?

—Algunas más —presumió Rincón—. El cocinero de un cierto embajador me enseñó a juntar cuatro cartas de un mismo palo y a sacarme de la manga el naipe necesario para ganar cualquier apuesta. Si tú eres perito<sup>13</sup> en el oficio de la sastrería, yo me considero un maestro en la ciencia de los naipes.

—¿Y te puedes ganar así la vida?

—Al menos sé que nunca me moriré de hambre con estas benditas cartas —aseguró el muchacho—, porque, aunque llegue al último rincón del mundo, siempre habrá alguien que quiera pasar un rato jugando. Te lo demostraré ahora mismo —añadió decidido—. Si quieres, empezamos a jugar a la veintiuna. Verás cómo uno de esos arrieros que hay ahí dentro cae en la red y nos embolsamos el parné<sup>14</sup>.

—Cuenta conmigo —dijo el más pequeño—. Pero ya que has tenido la gentileza de contarme tu vida, ahora me toca a mí revelarte mis secretos. Aunque tendré que ser más breve que tú, si hemos de echar esa partidita que dices —advirtió para no entrar en detalles—. Pues te diré que yo nací... en un piadoso pueblo de santos... ¡entre Salamanca y Medina del Campo<sup>15</sup>! —apuntó evitando sincerarse del todo—. Mi padre se llama... ¡Bueno, ya te he dicho que era sastre y que me

13. Perito: experto en una determinada ciencia o profesión. Nótese que ambos pícaros tienen destreza en las manos.

14. Parné: dinero (jerga).

15. Cortado no es tan sincero como Rincón y le oculta el nombre de su padre y de su pueblo para no ser identificado (véase pág. 132).

enseñó a usar las tijeras! Eso sí, se me dio tan bien el oficio, que pasé de cortar telas a pegar el tijeretazo en las asas de los bolsos.

—Pero si tan bien se te dan el tirón y la tijerada, ¿por qué te has ido de tu pueblo?

—¡Porque estaba harto de la vida tan estrecha y asfixiante que allí tenía! —exclamó—. Y, además, ya no aguantaba el maltrato al que me sometía mi madrastra. Así que me fui a Toledo. ¡Y ahí sí que se me dio de maravilla el oficio! ¡Menudos dedos tengo yo para adentrarme entre las telas de los vestidos y cortar las asas de todo lo que cuelga, ya sean relicarios o faltriqueras<sup>16</sup>! ¡No hay ojos que puedan descubrir mis zas zas! ¡Ni el mismísimo Argos<sup>17</sup>!

—Entonces, ¿no te han trincado nunca? —preguntó Rincón.

—Hasta ahora, no —aseguró engreído el muchacho—. En los cuatro meses<sup>18</sup> que permanecí en Toledo robé cuanto me vino en gana y nadie me ha cogido nunca con las manos en la masa. Te aseguro que no me he visto en apuros en ningún momento, y ni siquiera los soplones que por allí andan han podido delatarme. Pero de lo que me siento verdaderamente orgulloso es de no haber tenido que correr jamás delante de ningún corchete<sup>19</sup>.

—¿Y entonces por qué te piraste?

16. Relicarios: estuche de valor (plata, oro, etc.) para guardar restos de un santo; faltriqueras: bolsillos que las mujeres llevan debajo del vestido.

17. Argos: gigante con cien ojos; era un guardián muy eficiente.

18. Cortado lleva fuera de la casa familiar más tiempo que Rincón: cuatro meses y unos días de viaje.

19. Corchete: ayudante de los alguaciles (policía).

—Porque hace ocho días —dijo atenuando la voz—, un espía informó al corregidor<sup>20</sup> de mis habilidades. A éste debieron de gustarle mis extraordinarias cualidades como ladrón, y más aún las partes del botín con que yo ya me había hecho; así que me envió discretamente un mensaje con su confidente diciendo que quería verme. Pero yo, amigo mío, soy de origen humilde, y no quiero tratos con personas tan importantes... Decidí, pues, no acudir a la cita y salí a toda prisa de Toledo. Y ya me ves, tampoco tuve tiempo para echarme una sola moneda al bolsillo. ¡Con decirte que no tuve ocasión ni para agenciarme un caballo o alquilar un carro de mala muerte para hacer el viaje hasta aquí! Lo mismo que te ha pasado a ti, ¿no?

—¿Pero para qué vamos a andar con sandeces? —dijo Rincón queriendo sincerarse de una vez con su nuevo amigo—. Ya que nos vamos conociendo, no tiene sentido seguir con las mentiras ni presumir de grandezas y de un orgullo muy ajenos a nuestra condición. Confesemos claramente que estamos sin blanca, y que por no tener, carecemos hasta de unos tristes zapatos, ¿no te parece que será lo mejor?<sup>21</sup>

—De acuerdo.

—¿Cómo te llamas?

20. Corregidor: autoridad semejante a un alcalde. Se trata de un pasaje oscuro: el corregidor pretende controlar la actividad de Cortado como ladronzuelo en Toledo, y quiza participar, como hará más tarde Monipodio, de lo que roba. Cortado huye porque estima, sobre todo, su libertad. A menos que todo sea una fantasía presuntuosa.

21. Rincón es locuaz, extravertido y sincero, y lleva siempre una iniciativa moral que influye en Cortado.



